

De la Rusia de nunca a la de siempre: política exterior entre 1992 y 2012

Alberto Hutschenreuter¹

Ensayo

Material original autorizado para ser publicado en el *Journal de Ciencias Sociales*, Revista Académica de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Palermo.

Recibido: 8-10-2013

Aceptado: 15-1-2014

Resumen

El siguiente trabajo describe los ciclos de la política exterior rusa desde la emergencia de la Federación Rusa como *Estado continuador* de la Unión Soviética hasta la actualidad. En gran medida, dichos cambios estuvieron asociados a percepciones primero, abierta desconfianza posteriormente, de la dirigencia rusa en relación al *tratamiento* de Estados Unidos para con ella tras el desenlace de la Guerra Fría. En otros términos, para Rusia, Occidente *rentabilizó* los dividendos de su victoria tras casi medio siglo de confrontación, con el fin de ralentizar u obstaculizar la emergencia de un *nuevo actor* preeminente que pudiera representar otro desafío a su primacía (inigualada e inigualable tras el fin del conflicto bipolar). En breve, se trata de un trabajo que, en términos descriptivos y siguiendo el modelo clásico de las relaciones internacionales, aborda la construcción de poder por parte de un actor que, sin duda, desempeñará un papel de escala en el todavía incierto escenario internacional del siglo XXI.

Palabras clave: Poder, Relaciones Interestatales, Política Exterior, Guerra.

Summary

The following paper describes the cycles of Russian foreign policy since the emergence of the Russian Federation as *continuing State* of the Soviet Union to the present. Importantly, these changes were associated with perceptions first (open distrust after) of the leadership in Moscow in relation to the purposes of the United States with Russia after the end of the Cold War. In other words, according Russia, West used dividends of the victory after almost half a century of confrontation, in order to slow or hinder the emergence of a new preeminent actor which could mean a new challenge to its primacy (unmatched and unrivaled after the end of bipolar conflict). In short, it's a work that, in descriptive terms and following the classical model of international relations, describes the construction of power by an actor that will play a preeminent role in the international arena of the uncertain XXI century.

Key-words: Power, International Relations, Foreign Policy, War.

¹ Doctor en Relaciones Internacionales (USAL). Profesor Titular de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Aérea. alberhutsch@hotmail.com

■ Introducción

Desde su nacimiento y hasta la actualidad, la Federación Rusa desarrolló una política exterior que transitó cuatro fases: la primera, entre 1992 y 1994, fue una política exterior de una Rusia *que nunca fue*, es decir, una política exterior de adaptación, pero desconocida, en tanto se trató de una visión y práctica displicente de los intereses nacionales; un enfoque extraño tratándose de un actor que desde que se incorporó al sistema internacional como agente preeminente, en el siglo XVII, siempre mantuvo un enfoque externo de cuño realista que, independientemente de sus resultados, nunca desestimó intereses ni, mucho menos, los dejó voluntariamente en manos de terceros.

A partir de 1994 Rusia comenzó a distanciarse de ese enfoque, y asumió una conducta externa más *proactiva*, más crítica de situaciones que consideraba lesivas o riesgosas para sus intereses. Sin embargo, el estado de *nuevo desorden* interno de Rusia hizo que ese nuevo enfoque *proactivo* no avanzara más allá del terreno de la retórica.

Con la llegada al poder de un nuevo liderazgo generacional, en 2000 se inicia una tercera secuencia de política exterior rusa; se registra un aumento de la retórica pero también, de posicionamientos más firmes en relación al interés nacional: es decir, un enfoque externo más *activo*. Si bien esta tercera secuencia se extiende hasta nuestros días, la posición asertiva de Moscú en determinados temas centrales de política internacional, por caso, en relación al actual conflicto en Siria, suma una condición de *reparación* al enfoque externo activo.

Desde un marco teórico que abrevia del *realismo clásico* y del denominado *realismo ofensivo*, a continuación describiremos estos ciclos de la política exterior de la Federación Rusa, nuestro actor o *variable dependiente*, abordando también la causa principal de los cambios de dicha política, esto es, el enfoque y práctica de Estados Unidos, nuestra *variable independiente*, para con la Rusia postsoviética.

■ La Rusia de nunca en un mundo de siempre

Cuando a fines de los años ochenta los países de Europa Centro Oriental estuvieron seguros de que podían manejar sus destinos de acuerdo a sus preferencias y no de acuerdo a las preferencias de Moscú, la suerte del conflicto Este-Oeste estuvo irremediabilmente echada.

Habiéndose iniciado dicho conflicto cuando la Unión Soviética se hizo con el control de aquellos países hacia el final y luego de la Segunda Guerra Mundial, acaso el momento más discernible del final de la Guerra Fría tuvo lugar con la liberación de dichos países de la tutela soviética.

Hubo otros momentos discernibles que anunciaron el final del singular conflicto y la inminente derrota de una de las partes: la unificación de Alemania, seguida de la permanencia del país en la OTAN (considerada la *primera ampliación* de la Alianza Atlántica) fue un acontecimiento inesperado pero sin duda concluyente en la victoria de Occidente sobre la Unión Soviética tras una confrontación que se extendió por casi medio siglo, cuando no desde el mismo año de la Revolución Soviética (Fontaine, 1970).

Desaparecida la Unión Soviética, el presidente de la Federación Rusa Boris Yeltsin y el expresidente de la URSS Mijail Gorbachov, creyeron haber unido al bando de Estados Unidos

como *vencedores* de la Guerra Fría, pues habían *derrotado* a la Unión Soviética; en efecto, ambos líderes habían concluido que el comunismo era malo para la Unión Soviética y, en especial, para Rusia.

En buena medida, en esta firme y curiosa creencia se basó la política externa del Kremlin durante los primeros tiempos de la Federación Rusa; de allí que una prestigiosa experta se haya referido a la *Rusia victoriosa* (Carrere D'Encausse, 1992).

Asimismo, dicha política exterior se fundó en una idea proveniente en parte de las concepciones del filósofo Nikolai Berdiáyev, en cuanto a que Rusia había sufrido procesos de (parodiando a Kafka) *metamorfosis* que la habían convertido en un verdadero monstruo, por caso, cuando pasó del feudo zarismo al totalitarismo soviético, que la sumieron en el retroceso interno y el aislamiento externo; por tanto, tras el desplome de la Unión Soviética, Rusia no podía volver a equivocarse. Para ello, debía sepultar todas aquellas ideologías mesiánicas perversas que acabaron por arrastrarla a la tragedia, y abrazar otro patrón o modelo que le asegurara un destino normal y no manifiesto o misional (Prizel, 1998).

De los tres *clusters* ideológicos predominantes en la Rusia postsoviética, liberales, centristas y conservadores, los primeros consideraban que existía solamente un patrón a seguir: Occidente. Más aún, para el principal defensor y promotor de dicho modelo, el canciller Andrei Kozyrev, la Rusia de principios de los años noventa debía *recuperar* el proceso de convergencia entre Rusia y Occidente, interrumpido por el intento soviético por imprimir una inflexión en la historia. Dicha convergencia resultaba inevitable, por cuanto, siempre en clave de la visión líbero-atlántica, Rusia era un auténtico pilar de la civilización y la cultura Occidental. Por consiguiente, como afirmaba Kozyrev (1992) en un comentado artículo, la (única) oportunidad con que contaba Rusia para sobrevivir tras el vendaval zaro-soviético pasaba por una sólida asociación con Occidente,

En cuanto a otros enfoques, los centristas, si bien aceptaban algunas de las premisas del *liberal-atlantismo*, consideraban que la relación con Occidente no debía realizarse desestimando intereses nacionales, por caso, en relación al espacio adyacente de Rusia, es decir el espacio formado por las exrepúblicas soviéticas (que pronto pasaría a denominarse *extranjero próximo*); por su parte, la visión *nacional-conservadora* defendía un enfoque externo propio, no subordinado a un Occidente que no estaba interesado ni en la inclusión de Rusia como así tampoco en su recuperación; otros enfoques más extremistas proponían una política exterior de reafirmación de los intereses protohistóricos rusos, esto es, la reconstrucción de las fronteras tradicionales zaro-soviéticas.

La visión *libero-atlántica* marcó la política exterior rusa entre 1992 y 1993, y si bien es cierto que representó una continuidad con el *nuevo pensamiento* de la última política exterior soviética, en verdad fue mucho más allá de esta política, al punto de ubicar a Rusia en una situación que no tenía precedentes en el pasado nacional.

Fueron años aquellos durante los cuales *Rusia no fue Rusia*, puesto que (a pesar de la derrota) la potencia regional (por sus reparos en el ex espacio soviético) y superpotencia estratégica (por su estatus en el Consejo de Seguridad y por la propiedad de armas nucleares) desarrolló una política exterior sin patrones históricos de referencia: en efecto, la defensa y la promoción de valores humanos universales como asimismo la preeminencia de las instituciones internacionales sin duda que constituían un loable propósito, pero nunca habían sido patrones que guiaran la política exterior

del imperio zarista y luego soviético.

Más allá de los resultados, el patrón que tradicionalmente orientó la diplomacia rusa fue centralmente realista, es decir, siempre en consideración con la salvaguarda del interés nacional. Durante el orden interestatal post-1815, las *pautas* exteriores de Rusia implicaron intervención, defensa de valores conservadores, expansión territorial, debilitamiento de otros actores, guerra, etc.; es decir pautas o prescripciones propias no justamente de un país interesado en defender y promocionar las normas o el derecho en las relaciones interestatales: por el contrario, se trataba de pautas propias del *modelo relacional*, esto es, el impulso de iniciativas externas en función de intereses y cálculos relativos a ganancias o incremento del poder (Mearsheimer, 2001).

Ya en tiempos soviéticos, el realismo continuó marcando de modo concluyente el ritmo de la política externa. Solamente consideremos dos momentos clave.

Por un lado, la primera decisión exterior importante del régimen soviético estuvo basada en el más puro realismo: es verdad que en Brest-Litovsk (1918) dicho régimen fue forzado a aceptar ante los alemanes determinadas condiciones de paz; pero también es cierto que entonces existió una decisión deliberada por parte de los bolcheviques con el fin de lograr tiempo y recursos que permitieran consolidar el poder interno y afrontar los retos relativos a la propia supervivencia del Estado. Asimismo, en 1939 sucedió otro acontecimiento contundente en materia de política externa de cuño realista: el pacto nazi-soviético no solamente significó para la URSS la obtención de un tiempo estratégico de recuperación de capacidades nacionales (sobre todo militares), sino que significó la recuperación de (vía cláusulas secretas del pacto) las cesiones territoriales acordadas con Alemania en 1918.

A partir de 1945, el escenario internacional quedó sujeto a una lógica extrema de pugna de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por ello, resultaba muy extraño que tras tantas décadas de rivalidad y competencia con un actor realmente poderoso como Estados Unidos, Rusia se aviniera a un orden en el que aparentemente, el factor relacional, esto es, la relación de competencia entre los Estados como la sustancia tradicional en las relaciones internacionales, era *apartado* por el modelo institucional, es decir, el anhelo tradicional entre los Estados. Más extraño aún resultaba el hecho que Rusia no solamente se aviniera a tal modelo, sino que lo proclamara y depositara en él buena parte de su voluntad y potencial nacional.

En otros términos, era como si Rusia hubiera decidido hacer *tabula rasa* no sólo con su propia experiencia de política exterior pre y post-1917, sino que decidiera realizar un giro de 180 grados respecto de su tradicional enfoque, no precisamente idealista o humanista, de la política interestatal desde que se incorporara como actor ascendente al sistema internacional en el siglo XVII, cuando participó en calidad de garante de la Paz de Westfalia, y ya como actor preeminente en los siglos XVIII y sobre todo XIX.

Ahora bien, mientras Rusia abiertamente confiaba en que su enfoque externo no solamente le significaría compromiso y apoyo de Occidente al proceso de reformas internas, sino que le aseguraría el *conveniente* regreso de Rusia al círculo de actores preeminentes, Estados Unidos también desarrollaba un enfoque externo *continuista*, pero de signo contrario al encarado por Moscú, es decir, un enfoque centrado en lógicas de maximización de poder. La Guerra Fría había sido una contienda por el poder, y, habiendo maximizado su poder, Estados Unidos, más allá de las

contradicciones internas de la Unión Soviética, logró finalmente la *decisión*, es decir, *la victoria de una de las partes*.

Pero la lógica de poder estadounidense como eje de su política exterior continuó tras el final de la contienda y de la propia Unión Soviética, aunque ahora desde un lugar de predominancia que no registraba precedentes: no existía ningún poder (ni mucho menos poderes) con quién compartir jerarquía y prestigio. Lo que en estrategia se denomina *principio de equiparación de medios*, esto es, la relación de recursos entre potencias preeminentes, a principios de los noventa se había tornado abismal entre Estados Unidos y *el resto*.

Desde esta nueva situación, los planificadores de defensa y seguridad estimaron que el propósito estratégico de Estados Unidos debía ser evitar el surgimiento o reaparición de una nueva amenaza estatal que desafiara (una vez más) su supremacía. Sin ambages, esta fue la consigna primaria de la *Defense Planning Guidance 1992-1994*.

Aunque la DPG habría sido dejada de lado por la agresividad de sus enunciados, Estados Unidos no abandonó el espíritu realista de la misma y, a juzgar por los acontecimientos que impulsó durante los noventa en relación a Rusia, tampoco sus mismos objetivos: hacia la segunda mitad de la década, Rusia se encontraría en una situación peligrosa en las relaciones internacionales: la de hallarse no solamente aislada, sino sin aliados; resultando óptimo desde la lógica de poder interestatal.

Es decir que mientras *la Rusia que no era* practicó un enfoque externo alejado de consideraciones o cálculos de poder y basado en percepciones o *sentimientos*; Estados Unidos agudizó su tradicional sentido de poder y, *vía medios duros y medios blandos* de poder, *rentabilizó* sensiblemente su victoria en la Guerra Fría, por caso, estableciendo preferencias y haciendo que los demás *quisieran lo que ella quería* (reformas económicas, por ejemplo) o iniciando un proceso de ampliación de la OTAN, hecho que, para Rusia, implicaba el incumplimiento de promesas hechas por parte de Occidente según las cuales se había pactado el final de la Guerra Fría.

■ La Rusia irrelevante

Hacia fines de 1993, Rusia concluyó que, para expresarlo en las sabias palabras de Bismarck, efectivamente, *una política sentimental no conoce reciprocidad*, y adoptó una posición menos adaptativa y más *proactiva* en materia de política exterior: se reevaluó el exespacio soviético como área de interés nacional de Rusia, al tiempo que se adoptó una retórica más crítica en relación a la política de poder estadounidense para con Rusia y para con el mundo.

No obstante, si bien la alejó de aquella concepción extraña y peligrosa, dicho giro de la política exterior rusa no impidió que Occidente continuara cosechando los *dividendos de la victoria*.

A principios de 1996, el relevo del canciller Kozyrev y la llegada de Evgeny Primakov, un representante del nacionalismo pragmático ruso, revigorizó la *política exterior II* de la Rusia postsoviética, pero igualmente, con un frente interno debilitado y muy inficionado por los poderes fácticos, se tornaba muy difícil transformar la retórica en acto.

En efecto, el grado de debilidad de Rusia hacia mediados de los años noventa era tal que el propio presidente estadounidense llegó a decir que las posibilidades relativas a que Rusia influyera en el orden internacional *eran las mismas que tenía el hombre para vencer la Ley de Gravedad*.

No obstante, si bien el grado de *desorden* político y contracción socioeconómica de Rusia era verdaderamente importante (basta considerar que el PBI sufrió una caída superior al 50 por ciento), Rusia desplegó políticas relativas a maximización de ganancias de poder en su tradicional espacio de influencia: las exrepúblicas soviéticas; por caso, en la zona del Cáucaso, donde los múltiples conflictos nacionales le permitieron mantener ascendencia y logrando ganancias relativas de poder apoyando a *apoderados locales*, estrategia que en Occidente denominaron *modelo Abjazia*.

En 1999 la OTAN finalmente se amplió, hecho que juntamente con la adopción de un nuevo concepto que habilitaba a la Alianza a intervenir en conflictos *fuera de área*, inquietó sensiblemente a Rusia. Las palabras dichas entonces por el experto ruso Sergei Karaganov (2009) eran bastante asertivas y corroboraban lo que había dejado de ser una sospecha: *La ampliación de la OTAN ha significado que Estados Unidos no salió de la Guerra Fría. Pese a que el enfrentamiento quedó atrás, se lo está sustituyendo por un nuevo punto muerto: Rusia por un lado, Estados Unidos por otro*. En otros términos, una suerte de *nueva Yalta*, pero sin contraparte con la que acordar repartos o esferas de influencia.

Es importante señalar que la ampliación de la OTAN ubicó a Clinton en un sitio de marcado realismo en las relaciones internacionales. La aclaración es pertinente porque el expresidente demócrata siempre ha sido evocado como un dirigente que confundió intereses estadounidenses, practicando, por ello, una suerte de *antigeopolítica*, es decir, comprometió a su país en sitios en los que no estaban en juego sus intereses nacionales; sin embargo, analizando resultados y hechos, acaso ha sido el presidente que más contribuyó a maximizar políticas de poder de Estados Unidos.

■ La Rusia de siempre

Con la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de Rusia, en 2000, se abrió otra etapa en la política exterior del país. Si bien el canciller Igor Ivanov mantuvo la línea pragmática-nacional que intentó imprimir el anterior canciller a dicha política, el nuevo liderazgo acometió medidas sin las cuales la política exterior rusa continuaría sin poder salir del círculo de la retórica.

La búsqueda del ordenamiento interno de Rusia por parte del nuevo mandatario fue central para que el debilitado país reconstruyera poder hacia fuera, y comenzara a recuperar uno de los activos de relieve de todo actor preeminente: capacidad de deferencia internacional.

Asimismo, es importante destacar que la gestión de Putin se dio en un contexto económico muy favorable para el país debido a los elevados precios de las materias primas, particularmente del petróleo; considerando que el 80 por ciento de sus exportaciones consisten en materias primas, a su condición de actor preeminente *V3* (voz, voto y veto en la ONU) y estratégico (por la posesión de armas nucleares), se sumó la de actor o *potencia GPM* (gasífera, petrolera y metalífera), condición sin duda relevante, al punto que no pocos de sus logros en materia de política externa estuvieron (y están) asociados a lo que se ha denominado *diplomacia energética*.

Varias diferencias se podrían marcar entre Yeltsin y Putin, pero la naturaleza transformadora de uno, Yeltsin, y la tradicional del otro, Putin, es sin duda un dato clave para abordar el alejamiento de la Rusia del siglo XXI de aquel irrelevante y casi desconocido actor internacional del último decenio del siglo XX.

Más allá de los resultados, Yeltsin fue un líder netamente transformador, puesto que acometió

la colosal y sin precedente tarea de pasar del *socialismo real* a un estado de capitalismo que, por sus efectos en la sociedad, recordaron el tránsito traumático del feudo-capitalismo de la Rusia zarista al *comunismo de guerra* soviético.

Por el contrario, centralmente en materia de concentración de poder, Putin regresó a patrones tradicionales zaro-soviéticos; por ello, como bien sostienen los especialistas, con el advenimiento de Putin no hubo en Rusia cambio alguno del sistema político sino que hubo una consolidación de lo que era un régimen político híbrido.

En esa consolidación de poder fue vital el *disciplinamiento* de los denominados poderes fácticos, es decir, aquellos hombres y grupos financio-económicos de enorme poder que durante la era de los *nuevos desórdenes*, 1992-1999, habían controlado no solamente el dinero, sino que habían tomado decisiones políticas, según los términos de Stephen White (2011). Dicho *disciplinamiento* o *regularización* fue producto de un pacto clave que el régimen habría alcanzado en julio de 2000 con los más poderosos hombres de negocios del país: según esa *transacción*, a cambio del respeto de los derechos de propiedad de los acaudalados hombres de negocios, se demandó su subordinación al poder político.

Putin no solamente fue un líder no *transformacional* porque relocalizó el poder, sino porque su estilo (autocrático-centralizador) como asimismo sus prioridades fueron de clásico corte tradicional. Básicamente, estas prioridades abarcan el segmento estratégico-militar; la recuperación de un patrón o concepto ideológico-geopolítico; la influencia en el espacio nacional adyacente y la afirmación de sus intereses en materia de política exterior.

Precisamente, retomando la cuestión que brevemente describimos a lo largo de este trabajo, el ascenso de la política exterior hacia un nivel más *proactivo* fue resultado directo del reordenamiento interno de Rusia. Y sin lugar a dudas, el punto más elevado de ese enfoque externo más asertivo fue la decisión de movilizar su instrumento militar fuera del territorio nacional, en agosto de 2008 en Georgia, decisión trascendente, sobre todo si consideramos que la última vez que el Kremlin había decidido actuar militarmente fuera de la URSS fue en 1979, cuando la entonces URSS invadió Afganistán.

En efecto, la reacción de Rusia frente a los acontecimientos que por entonces tenían lugar en Georgia implicó una decisión de afirmación de intereses en un espacio históricamente sensible para Rusia; pero significó fundamentalmente la adopción del recurso o técnica de maximización de poder más riesgoso, pero a la vez más contundente en relación a ganancias frente a amenazas de terceros.

Dicha técnica significó que la inminente ampliación de la OTAN *al Este del Este* de Europa no solamente no se efectivizara, sino que se paralizara, puesto que desde entonces y hasta la fecha no se produjo ninguna nueva ola de incorporaciones, si bien la Alianza durante su cumbre de Chicago, en 2012, sostuvo que Rusia debía revocar su reconocimiento de independencia a Abjasia y Osetia del Sur, al tiempo que apoyó (nuevamente) las aspiraciones de Georgia de ingresar a la OTAN.

Es importante tener presente que una eventual nueva ampliación de la OTAN *al Este del Este* de Europa afectaría la capacidad *estratégica de Rusia hacia dentro*, puesto que la privaría de su activo tradicional de defensa y de victoria: la profundidad estratégica, un factor que tal vez perdió relevancia en algunos espacios del globo pero definitivamente no en el caso de un *país-continente* como Rusia.

En su desafiante libro *Pronósticos para el siglo XXI*, el especialista George Friedman es más que preciso en relación a las amenazas a lo que aquí denominamos *capacidad estratégica de Rusia hacia dentro*. Advierte el presidente de *Stratfor* que si Ucrania y Bielorrusia se incorporaran a la OTAN, *Rusia estaría en peligro de muerte. Moscú está a sólo poco más de trescientos kilómetros de la frontera con Bielorrusia, y Ucrania a menos de trescientos de Volgogrado (antes Stalingrado)*. En cuanto a Georgia, su pérdida alejaría a Rusia de una zona de interés y de tradicional rivalidad con Turquía, un actor en ascenso, miembro de la OTAN y con potencial ascendencia en las ex repúblicas soviéticas centroasiáticas (Friedman, 2011).

La afirmación y promoción de intereses de Rusia en el espacio del Cáucaso fue sin duda resultado del reacomodamiento interno del país, y fue una medida de escala para frenar o revertir lo que desde hace más de una década Rusia concibe ha sido el enfoque occidental para con ella desde el mismo fin de la URSS: ralentizar, cuando no impedir, su recuperación como actor preeminente del orden interestatal.

Si bien es cierto que entre el 2001 y 2002 hubo una política de acompañamiento y cooperación con Estados Unidos, política que se explica en base a la *funcionalidad* que para Moscú ha implicado el combate de Estados Unidos contra el terrorismo transnacional, dicho acercamiento estuvo muy distante de la etapa de cooperación- sumisión que caracterizó las relaciones bilaterales entre 1992 y 1994.

Prontamente, sobre todo a partir de las restricciones que Washington impuso en materia de cooperación económica y tecnológica, Rusia endureció su postura, siendo su reprobación en el Consejo de Seguridad al uso de la fuerza en Irak, en 2003, la primera manifestación del nuevo ciclo de política exterior activa o *política exterior III* de Rusia.

En los años siguientes, el enfoque externo de Rusia se orientó hacia una cerrada defensa de la soberanía nacional, la integridad territorial y la independencia de los Estados, postura que explícitamente fue remarcada tanto en eventos estratégicos internacionales, por caso, en las *Conferencia sobre Seguridad* de Munich, singularmente en la de 2007, como en los documentos oficiales de la Federación Rusa, sobre todo en el *Concepto de la Política Exterior Rusa de 2008* y la *Estrategia de Seguridad Nacional de Rusia hasta el 2020* presentada en 2009, y en el extenso artículo de Vladimir Putin *Rusia en el siglo XXI*, de febrero de 2012.

Acontecimientos más recientes como la intervención internacional en Libia en 2011, la decisión estadounidense de llevar adelante la instalación del escudo antimisiles prescindiendo de la cooperación de Rusia y las declaraciones de la OTAN acerca de la necesidad de nuevas incorporaciones, refirmaron la desconfianza de Rusia en relación a la política de Occidente para con ella.

La postura de Rusia en relación al conflicto en Siria necesariamente debe ser enfocada desde dicha desconfianza. Sin duda que existen importantes *reparos estratégicos locales* de Rusia en relación a sus intereses en Siria, básicamente, montos en materia de transferencia de equipos y armamentos, base naval en Tartus (actualmente la única plaza militar rusa en el Mediterráneo) e inversiones, puesto que de producirse un cambio de régimen en Damasco ello implicaría un nuevo retroceso geopolítico (casi el último) de Rusia en la región.

Pero la oposición de Moscú a una intervención en Siria obedece a *reparos estratégicos* relativos a políticas de poder que continuaron ejerciéndose contra Rusia tras el desenlace del conflicto bipolar.

No sorprenden por ello que el ministro de Relaciones Exteriores de Turquía haya sentenciado, tras el fracasado intento del Consejo de Seguridad de condenar al régimen sirio por la violencia en Homs, que Rusia no votó pensando en la realidad del terreno. El voto fue contra Occidente, puesto que las estructuras de la Guerra Fría continúan condicionando las relaciones internacionales.

■ Conclusiones

La Guerra Fría tuvo un desenlace concluyente que consistió en la victoria de Estados Unidos y la derrota de la Unión Soviética. Aunque nadie duda de ello, es necesario afirmarlo, puesto que, en un primer momento, Gorbachov y Yeltsin consideraron que Estados Unidos y Rusia habían sido los vencedores, en tanto habían derrotado al comunismo soviético.

Esta percepción acaso estuvo detrás de la política exterior rusa de abierta confianza en su nuevo relacionamiento con Estados Unidos.

Pero mientras Rusia proyectó una diplomacia que no tenía precedente en el pasado de un país que (tanto antes como después de 1917) había desarrollado un enfoque externo basado en patrones de competencia y primacía en las relaciones interestatales, Estados Unidos mantuvo un patrón externo continuista centrado en la predominancia y la defensa del interés nacional, patrón que excluía cualquier posibilidad de compartir poder con cualquier otro actor.

Desde estos términos, hacia mediados de los años noventa la situación no podía ser más favorable para el segundo: Rusia se encontraba muy debilitada, sin capacidad de proyectar poder, mientras que Estados Unidos había llevado adelante iniciativas que rentabilizaron sensiblemente su victoria; por caso, promocionando su modelo económico (habitualmente soslayado como *la otra victoria*) o adelantando planes para ampliar la OTAN.

La percepción de Rusia respecto a que Occidente mantenía otros propósitos detrás de la política de cooperación o *asociación* fue determinante para que en la segunda mitad del decenio Moscú asumiera una postura externa más crítica, aunque la misma, dada el estado de debilidad que padecía, no fue más allá de la fuerte retórica, sobre todo cuando la OTAN se amplió y cuando intervino en Kosovo.

La llegada de Putin implicó que Rusia, favorecida por los precios de sus principales activos de exportación, alcanzara el necesario orden doméstico para tornar activa la diplomacia proactiva que practicaba retóricamente desde mediados de los años noventa.

Si bien a principios del siglo XXI pareció que el combate global contra el terrorismo por parte de Estados Unidos colocaría la relación bilateral en un nivel de auténtica confianza, pronto Rusia reafirmó su enfoque externo, sobre todo desde la intervención estadounidense en Irak.

La política exterior activa de Rusia alcanzó su mayor expresión y ganancias relativas de poder cuando movilizó su instrumento militar en Georgia. Desde entonces, la OTAN no llevó adelante otra ola de ampliación, medida que esta vez habría implicado afectar sensiblemente el tradicional sentido geopolítico ruso de asedio.

Acontecimientos como la intervención en Libia o la decisión estadounidense de materializar su escudo antimisilístico reafirmó la desconfianza de Rusia. A partir de dichos acontecimientos, la política exterior rusa no solamente es de cuño activo, sino de búsqueda de reparación y deferencia.

■ Referencias bibliográficas

- Carrere D'Encausse, H. (1992), *Victorieuse Russie*, París, Fayard.
- Fontaine, A. (1970), *Historia de la Guerra Fría*, Barcelona, Editorial Luís Caralt.
- Friedman, G. (2011), *Los próximos 100 años. Pronósticos para el siglo XXI*, México, Océano.
- Karaganov, S. (2009), *La inacabada Guerra Fría*, Project Syndicate. Recuperado el 10 de enero de 2013, desde <http://www.project-syndicate.org/commentary/the-unfinished-cold-war/spanish>
- Kozyrev, A. (1992), *A Chance for Survival*, Foreign Affairs, Volume 71 (Nro. 2), 1-16.
- Mearsheimer, J. (2001), *The Tragedy of the Great Powers Politics*, New York, Norton Company.
- Prizel, I. (1998), *National Identity and Foreign Policy. Nationalismo and Leadership in Russia, Poland and Ukrania*, UK, Cambridge University Press.
- White, S. (2011), *Rise of Russia Elite Bussines*, Studymode. Recuperado el 15 de enero de 2013, desde <http://www.studymode.com/essays/Rise-Of-Russian-Business-Elite-877450.html>